



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 2423

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

MARTES 21 DE AGOSTO DE 1916

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

El presupuesto de Marina

A decir de la prensa madrileña, el presupuesto de Marina señor Alvarado, es una persona muy competente en materias económicas, y tiene, además, un conocimiento profundo de la organización de los presupuestos, viene es- tando días conferenciando con su compa- ñero de Hacienda respecto á la forma- ción del presupuesto de Marina.

Desde su respectivo punto de vista puede afirmar que ambos consejeros responsables aprecian en lo que es, en lo que vale y lo que significa y repre- senta para la defensa naval de la patria el factor marítimo; y el señor Alvarado por el cargo que desempeña, y el señor Navarro Reverter por el que desempeña, cabe decir que están á la altura de su respectiva misión; circunstancia que había de servir á la Marina de garantía y justificación de que esta vez habían de ser atendidas las más apremiantes necesidades eco- nómicas.

Pues aun así, con todas esas cir- cunstancias y razones favorables, el presupuesto de Marina, que adolece de insuficiencia, no logra desenvolverse en armonía con lo que demandan los servicios, y rueda por los periódicos la impresión pesimista de que no hay acuerdo entre los señores Alvarado y Navarro Reverter tocante al presu- puesto de Marina.

Nada igual ni parecido sucede con los restantes presupuestos parciales de los otros ministerios; en ninguno de ellos se tropieza con estas ni pareci- das dificultades, y si pudiera, de mo- mento, establecerse una comparación de justificaciones y servicios, se demostraría palpablemente que las co- rrespondientes á los enunciados depar- tamentos ministeriales no tienen la im- portancia y trascendencia que el de Marina reviste.

El señor Alvarado que, según pare- ce, ha estudiado la organización de los

servicios marítimos, ha expuesto al se- ñor Navarro Reverter la necesidad im- prescindible de incluir en el próximo presupuesto algunos aumentos con respec- to al del actual ejercicio.

No prosperan. El ministro de Ha- cienda encastillado en su criterio de rechazar en absoluto el más leve au- mento de cifras al presupuesto gene- ral, se niega á admitir los que recla- ma su colega el de Marina como indis- pensable para la satisfacción de las ne- cesidades marítimas y cumplimiento de las Comisiones que el Gobierno deter- mine.

Si eso es ahora, entre ministros que, cual los señores Navarro Reverter y Alvarado están perfectamente persua- didos de que las necesidades marítimas á que corresponden esos aumentos no pueden dejar de ser satisfac- chas ¿qué no será luego, en el seno de las comisiones y en el mismo salón parlamentario donde ha de discutirse el presupuesto del ministerio de Ma- rina?

Compréndese pues, la penosa im- presión que la noticia del desacuerdo entre ambos ministros respecto á la formación del presupuesto de Marina ha producido entre el personal de la Armada, que ve confirmadas una vez más las injustas prevenciones que exis- ten respecto á los servicios navales y á las necesidades marítimas de Es- paña.

Recuérdese que el actual prespues- to y el que le precedió, que inicialmente se presentaron con estricta sujeción á las atenciones más indispensables de la marina de guerra, sufrieron mer- mas tan dolorosas como importantes en su peregrinación parlamentaria; y que la circunstancia de existir algún rpeusto de carbón en los almacenes departamentales, y la sensible pérdi- da de una importante unidad de com- bate contribuyeron de modo indirecto, pero eficaz, á que el ejercicio eco- nómico pudiera terminar sin graves

contratiempos cumpliéndose los ser- vicios extraordinarios que el mate- rial á flote tuvo que prestar en co- misiones y navegaciones circunstancia- les.

Pero esas razones y motivos no exis- ten ya ni pueden tenerse en cuenta ni servir de compensación en el inmedia- to ejercicio económico, y los buques de la Armada, que han tenido y se- guirán teniendo que cumplir comiso- nes importantes, no podrán navegar supuesto que los aumentos que recla- ma el señor ministro de Marina, son precisamente para eso; para que los barcos naveguen no todo lo que sería menester, sino lo estrictamente indis- pensable para la satisfacción de las ne- cesidades marítimas y cumplimiento de las Comisiones que el Gobierno deter- mine.

La marina de guerra, que iba asfi- xiándose lentamente como organismo militar, está en la agonía; así no pue- de seguir; las dificultades y penurias que por doquier la rodean ponen eu- ríamente peligro su existencia. Sola- mente un milagro providencial podrá salvarla; y ese milagro, doloroso es re- conocerlo, no hay esperanza de que se verifique.

Notas artísticas

Cómo leen los autores fran- ceses.—En honor de Su- zanne Després.—Estrenos futuros en París.

Ocupándose de la posibilidad, oportu- nidad y conveniencia del restable- cimiento del comité de lectura en la Comedia Francesa, un periódico fran- cés hace observar lo difícil que es juz- gar una obra por una simple lectura de ella en alta voz.

Hay autores que leen admirable- mente, que representan casi lo que leen, como Sardou, Feydeau y Ga- vault, los célebres «vaudevillistas», son también grandes lectores, y se puede desafiar á cualquiera á que aprecie en su justo valor una obra leída por ellos.

Otros autores leen «sin brillo nin-

guno. Otros, en fin, leen muy mal. François de Curel, el autor de «Le re- pas du Lyon» y «La fille sauvage», lo hacen en forma lenta y monótona; Berustein, el autor de «La rafale», violentamente y con tonos de desafío; el vaudevillista Hennequin empieza á leer bien; pero en cuanto nota la me- nor distracción en el auditorio es un desastre; Tristan Bernard, otro céle- bre vaudevillista, lee de nariz, con un tono insoportablemente garboso; mu- chos autores leen con voz excesiva- mente baja y si se les dice: «más alto» se aturden y no dan pie con bola.

Los actores son muy impresionables; juzgarán favorablemente á aquel que con habilidad les haya sugestio- nado, y rechazarán al que desconfian- do de sí mismo, no haya sabido «im- ponerles» su obra. Y en muchas oca- siones será este el mejor, aunque no haya sabido dominar ese espíritu de desconfianza que el verdadero artista siente por sus creaciones, y que surge especialmente cuando las da á cono- cer á alguien.

Los directores hábiles—en Francia —no desconocen nada de esto y no suelen fiarse de la primera impresión. Sólo admiten ó rechazan una obra tras de haberla releído con atención. Y aun así se equivocan tantas veces.

Las representaciones que la insigne actriz Suzanne Després ha dado en Río Janeiro, han obtenido un éxito brillantísimo.

La prensa brasileña tributa grandes elogios á la admirable intérprete de «Casa de Muñeca».

Según las últimas noticias, los estu- diantes de Río Janeiro organizaron una fiesta monstruo en honor de la actriz.

A la salida del teatro construyeron un arco de triunfo con tres pórticos, ostentando en el centro el nombre de Suzanne Després y á los dos lados los de Eleonora Duse y Sarah Bernhardt.

La noche de la fiesta, Suzanne Des- prés fué acompañada desde el teatro á su hotel por una retreta con antor- chas; bandas de música ejecutaban la marcha de «Tannhauser» y el himno brasileño de Guaraby.

Al decir de la prensa francesa, nun- ca se ha ofrecido ninguna fiesta seme- jante á actriz alguna.

Suzanne Després ha salido para Buenos Aires, en donde dará una se- rie de representaciones.

La Comedia Francesa prepara «La Courtisane», obra de M. André Arny- velde, cuyos principales papeles serán interpretados por Mlle. Berta Cerny MM. Leloir, Albert, Jacques Fenoux y Leitner. También trabajarán en esta obra alumnos del Conservatorio de París.

Mme. Réjane, que actualmente ve- ranea en Hennequeville, prepara la labor de la próxima temporada.

Durante ella estrenará «Le Vieil Homme», de Porto Riche, una obra nueva de Capus, aun sin título, y «La Timbale», comedia en cuatro ac- tos, de Ferdinand Vandersem y G. Le- notre.

Sarah Bernhardt ha empezado á estudiar el drama «Sainte Thérèse», de Catulle Mendes, que será la prime- ra obra que estrene. Este drama lo tuvo, ya ensayado hace dos ó tres años, pero por una cuestión con el autor, éste lo retiró y lo ha tenido guardado hasta que ha vuelto á hacer las paces con la ilustre trágica.

CUARTILLA SUELTA

LOS REOS DE MAZARETE

Se ha hecho justicia haciendo mise- ricordia. Los infelices que á muerte fueron condenados sin pruebas, sin indicios, por la fuerza de un fatalismo valerosamente impugnado y destruí- do por la tenacidad de nuestro distin- guido amigo, el diputado á Cortes por esta circunscripción doctor D. Tomás Maestre, pueden enjugar su llanto y alzar la frente con la altivez de la ino- cencia triunfadora. Plácemes al Go- bierno, plácemes al sabio catedrático de la Universidad Central, leader en- thusiasta de la revisión de este proceso plácemes á cuantos han cooperado al éxito conseguido, que todos ellos han cumplido como buenos.

¡Cuán inmensa alegría la de aque- llas pobres mujeres que veían su ho- gar desierto, infamado, condenado á perpetua orfandad y desventura! ¡Cuán supremo regocijo el de todos los que han peleado en esta cruzada felizmen-

XXVI

Impuesta mi madre de nuestro proyecto de casa, hizo que se nos sirviera temprano el almuerzo á Carlos, á Braulio y á mí.

No sin dificultad logré que el montañés se resolviera á sentarse á la mesa, de la cual ocupó la extremidad opues- ta á la en que estábamos Carlos y yo.

Como era natural, hablamos de la partida que tenia- mos entre manos, Carlos decía:

—Braulio responde de que la carga de mi escopeta es- tá perfectamente graduada, pero continúa «rachado» en que no es tan buena como la tuya, á pesar de que son de una misma fábrica, y de haber disparado él mis- mo con la mía sobre una cidra logrando introducirle cuatro postas. ¡No es así, mi amigo! terminó dirigiéndose al montañés.

—Yo respondo,—contestó éste,—de que el patrón ma- tará á setenta pasos un pajar con esa escopeta.

—Pues veremos si yo mato á un venado. ¡Cómo dispo- nes la escopeta?—agregó dirigiéndose á mí.

—Eso es sabido; como se dispone siempre que se quie- re hacer temblar la fauna cerca de la casa: Braulio sube hasta el pie del derrumbo con sus perros se levante; Juan Angel queda en puesto dentro de la quebrada de la honda con dos de los cuatro perros que le mandado traer de Santa Elena; tú paje con los otros dos esperará en la orilla del río, para evitar que se nos escape el venado á la Novillera; tú y yo estaremos listos para acudir al pun- to que convenga.

El plan pareció bueno á Braulio, quien después de en- silarlos los caballos ayudado por Juan Angel, se puso en marcha con éste para desempeñar la parte que le to- caba en la batida.

Mi caballo retinto que yo montaba, golpeaba el empe- drao cuando iba á salir ya; impaciente por lucir sus habilidades, arqueado el cuello fino y lustroso como el raso negro, sacudía sus crespis crines estornudando. Carlos iba caballero en un quiteño castaño coral que el general Flores había enviado de regalo en esos meses á mi padre.

Recomendada al señor de M*** la mayor atención, por si el venado venía al huerto como nos lo prometíamos,

nado, los perros perdieron el rastro, y él accedió en vez de bajar.

Carlos y yo echamos pie á tierra para poder ayudar á Braulio en el fondo de la vega.

Pérdida más de una hora en idas y venidas, oímos al fin los ladridos de un perro, los cuales nos dieron espe- ranza de que se hubiera hallado de nuevo la pista. Pero Carlos ¡araba al salir de un bejuelo en que se había me- tido sin saber cómo ni cuándo, que el bruto de un negro había dejado ir la pista río abajo.

Braulio, á quien habíamos perdido de vista hacia rato, gritó con voz tal que á pesar de la distancia pudimos oírle:

—Allá va, allá va: dejen uno con escopeta allí: así- ganse á lo limpio, porque el venado se vuelve á la Hooonda.

Quedó el paje de Carlos en su puesto, y éste y yo fui- mos á tomar nuestros caballos.

La pista salía á ese tiempo de la vega, á gran distan- cia de los perros, y descendía hacia la casa.

—Apáete,—grité á Carlos,—y espérale sobre el cerco. Hiciste así, y cuando el venado se esforzaba, fatigado ya, por brincar el vallado del huerto, disparó sobre él: el venado siguió; Carlos se quedó atónito.

